

EL CULTO LITÚRGICO A LOS SANTOS

El culto litúrgico a los santos ha sido a través de los siglos -y continúa siendo a veces también en nuestros días- un punto especialmente delicado y que exige sobre todo un gran equilibrio, capaz de alejar toda extremosidad.

Este equilibrio no es fácil porque, por una parte, los santos aparecen más visibles -más cercanos al pueblo si se quiere- que aquel de quien cantamos en las celebraciones festivas «tú sólo eres santo, Señor Jesucristo» y por ello siempre hay el riesgo de que el santoral se subraye excesivamente. Pero por otra parte el olvido del culto a los santos hace más difícil y lejano el ideal de vida evangélica de la que ellos fueron tan claros testimonios. Una presencia excesiva del culto a los santos tiene, pues, el riesgo de obnubilar la gloria y la adoración debidas sólo al único Dios, pero su olvido puede privar -o al menos debilitar- aquel estímulo y aliento que el pueblo cristiano necesita para luchar sin desfallecer en el difícil seguimiento de Cristo.

Prescindir del recuerdo de los santos en las celebraciones, sobre todo en el ambiente olvidadizo de los valores religiosos en que actualmente nos toca vivir, podría privar al pueblo de aquellos ejemplos y de aquellos estímulos que, hoy quizá más que nunca, tanto necesita para seguir el arduo camino de la vida cristiana. Pero si por el contrario, las fiestas del santoral se multiplican excesivamente se corre el riesgo de que el conjunto del año litúrgico llegue a presentar un rostro muy lejano al que la revelación judeo-cristiana propone como el culto que Dios desea, todo él polarizado en la adoración del único Dios y en la celebración de sus maravillas.

La historia nos atestigua hasta qué punto se han dado desequilibrios en este ámbito: tanto los fieles individualmente como algunas comunidades

enteras han conocido excesos en ambos sentidos: desde aquellas «devociones» -algunas incluso abiertamente supersticiosas- que en algunas épocas invadieron y atrajeron sobre todo a los más sencillos, hasta la negación herética de la legitimidad del culto a los santos, a sus imágenes y a sus reliquias surgido en algunas épocas, o el olvido práctico de los adalides de la santidad en algunos ambientes actuales, son prueba innegable de que el peligro existe. Algunos pueden recordar aún como en tiempos no muy lejanos algunas celebraciones del santoral ofuscaban incluso las mayores celebraciones del misterio cristiano (la conclusión del mes de María, por ejemplo, sobrepuesta al domingo de Pentecostés, o los «Domingos de san José» ofuscando los domingos de Cuaresma y la preparación a Pascua); o, en sentido contrario, la construcción de algunas iglesias en las que no aparecen ni imágenes ni pinturas que recuerden a aquellos que con el ejemplo de su vida son estímulo elocuente en el camino de nuestra vida cristiana y nos ayudan con su intercesión.

El balanceo entre la celebración excesiva y el olvido casi radical del culto a los santos no es un problema de sólo nuestros días. Como simple ejemplo podemos aducir un significativo dato histórico: el misal de Trento, promulgado por san Pío V en 1570 precisamente para reequilibrar el sentido más genuino de las celebraciones, desfigurado en parte por las numerosas fiestas introducidas en los dos últimos siglos, y para devolver al ciclo de los misterios de Señor la primacía que le corresponde, suprimió muchas celebraciones de santos. Pero este sobrio calendario -sobrio sobre todo si se compara con los calendarios de los dos siglos anteriores- muy pronto aumentó de nuevo las celebraciones del santoral. Si en la edición de san Pío V figuraban únicamente 65 fiestas de santos para los 365 del año, en su última edición (la promulgada por Juan XXIII en 1961) se había pasado de aquellas 65 fiestas hasta más de 200.

El Vaticano II se ocupó, como era de esperar, de las fiestas del futuro calendario romano. En la misma línea de Trento, decretó que «a fin de que las fiestas de los santos no prevalecieran sobre los misterios de la salvación se dejara la celebración de muchas de ellas a las iglesias particulares, naciones o familias religiosas» (Sacr. Conc. 111). Poco después Pablo VI, en la Carta Apostólica *Mysterii Paschalis*, reconoció abiertamente «que a través de los siglos fueron introducidas un número

excesivo de fiestas de santos...» y decretó que para «llevar a efecto las resoluciones del Concilio Ecuménico, debían quedar excluidos del Calendario General algunos nombres de santos».

Para llevar a término lo decretado por el Vaticano II en vistas a lograr el difícil equilibrio entre un santoral que invade el año litúrgico y el olvido del culto a los santos la reforma litúrgica, entre otras interesantes normas, dió un paso especialmente importante: la creación de una nueva categoría de celebraciones: las llamadas «memorias». Estas no son propiamente «fiestas» del santoral -en las memorias los elementos centrales son del Propio de tiempo- sino *celebraciones feriales* en las que se hace un simple *recuerdo* -es esto lo que significa la palabra latina *memoria*- del santo. Con ello ni se olvidan los santos, ni su presencia obstaculiza la contemplación y celebración habitual de la historia de la salvación. Pero hay que reconocer que no todos han captado el significado de esta nueva categoría y, de hecho, las «memorias» se celebran muchas veces como si fueran verdaderas fiestas menores (la tendencia a utilizar las más de las veces el prefacio, los himnos, las preces y todos los elementos posibles, no del formulario ferial sino del común de la memoria lo demuestran).

Juan Pablo II en la reciente Carta Apostólica *Tertio Millenio*, ha vuelto al tema, pero ahora en sentido contrario: ante el innegable y empobrecedor olvido práctico de los santos por parte de algunos -el balancear entre lo excesivo y lo olvidado se ha hecho de nuevo presente- se ha visto en la necesidad de insistir de nuevo en la importancia del recuerdo de los santos: «La Iglesia del primer milenio nació de la sangre de los mártires... en nuestro siglo los mártires han vuelto a hacerse presentes... en la perspectiva del tercer milenio habrá que prestar por tanto especial atención a la santidad de quienes *también en nuestros días* han vivido plenamente en la verdad...» (núm. 37). Y, pasando de la afirmación teórica a los modos prácticos de reavivar este recuerdo, el Papa indica que la Sede Apostólica se propone actualizar su Martirologio y exhorta a las Iglesias locales a que *hagan todo lo posible para que no se pierda la memoria* viva de sus propios santos.

Nuestra Comisión Episcopal de liturgia ha respondido a la exhortación papal, también en una doble línea: una *teórica* y otra *práctica*. *Teóricamente* ha presentado como uno de los objetivos del trienio 1996-2000

Promover el culto de los santos en las Iglesias particulares (objetivo 4°); prácticamente con la sugerencia concreta de preparar (o en su caso revisar) los Calendarios particulares.

Preparar o revisar los Calendarios particulares corresponde, a cada una de las diócesis y a cada una de las familias religiosas. Se trata de una tarea importante y delicada que necesita sobre todo, como decíamos más arriba, un gran equilibrio. Aquí debe entrar, por tanto, el esfuerzo y el interés de cada una de las familias religiosas. Las reflexiones que sobre los Propios de los religiosos aparecen en este fascículo de *Liturgia y Espiritualidad* quieren ser una ayuda en este sentido. Algunas familias religiosas quizá no han preparado aún sus Propios. Pero sobre todo son numerosas las que no lo han hecho de manera suficientemente equilibrada ni en aquella línea que propuso el Vaticano II y que posteriormente han presentado las normas de la reforma conciliar. Se trata de no olvidar las celebraciones de santoral propio pero de evitar también que el santoral invada de nuevo, como aconteció en otras épocas, el ciclo de los misterios del Señor. Hay que velar sobre todo para que no se sumen indebidamente calendarios y calendarios, como tantas veces acontece en las comunidades religiosas (que ensamblan a veces indebidamente al calendario general de la iglesia romana el calendario religioso y el calendario local). Que la experiencia de lo acontecido con el Calendario tridentino que en poco tiempo pasó de 65 fiestas a más de 200 no se repita de nuevo en nuestros días al confeccionar los propios religiosos. La observancia escrupulosa de las equilibradas normas de Pablo VI y de los documentos postconciliares que recordamos en la sección *Mejorar la celebración* quiere ser una ayuda en esta tarea. El culto cristiano debe tener su centro en el misterio de Cristo y «amar a los santos en su cualidad de discípulos e imitadores del Señor, dignos de veneración por su entrega sin límites a Cristo, su rey y su maestro» (Carta de la Iglesia de Esmirna anunciando el martirio de su obispo san Policarpo).— **P. F.**